

Crisis del capitalismo y perspectivas del nacionalismo en América Latina (análisis del caso ecuatoriano)

AGUSTÍN CUEVA *

1. Las crisis del capitalismo en la experiencia histórica de América Latina

Es cierto que la historia avanza "por el lado malo", mas ello no significa que lo haga de una manera mecánica ni a través de causalidades tan simples como lo que a veces se presupone al hablar de la "industrialización por sustitución de importaciones", por ejemplo. Tampoco es verdad que las crisis del "centro" se traducen necesariamente por un auge de la "periferia".

Por sí solas, las crisis económicas del centro imperialista no hacen más que producir efectos negativos en las áreas dependientes, a menos que una lucha de clases concreta, precipitada o favorecida por la coyuntura crítica, abra el cauce para que las tendencias revolucionarias o siquiera progresistas impulsen el desarrollo de las formaciones sociales en que actúan, sobre la base de determinada evolución previa de las fuerzas productivas.

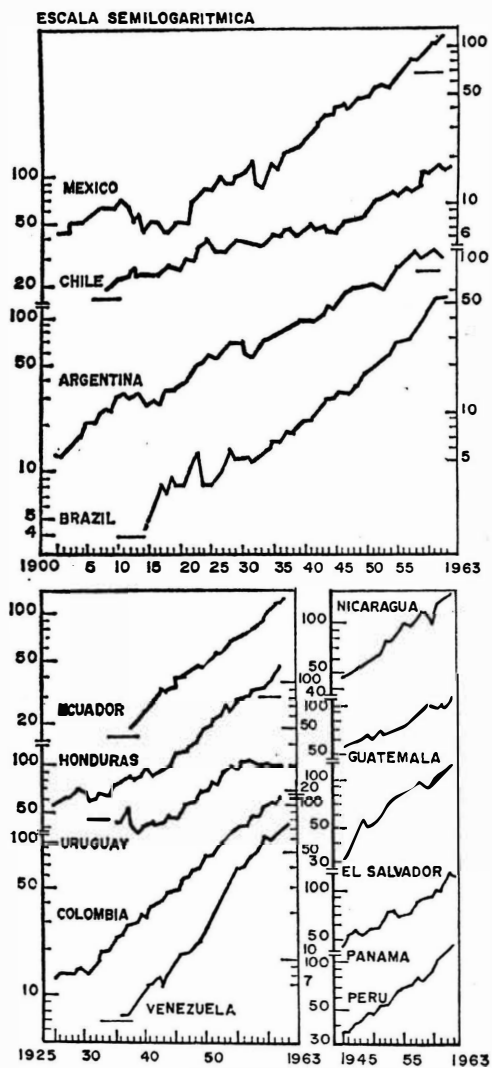
Aun tratándose de fenómenos como las guerras mundiales, que en rigor no implican una crisis económica del sistema en su conjunto, es dudoso que favorezcan *per se* al desarrollo de los países dependientes. Incluso la tesis de que el primer gran impulso de la industrialización en América Latina se produjo como "consecuencia" de la primera guerra mundial merece ser revisada, a la luz de datos como los de la propia CEPAL. Basta con echar una mirada atenta al cuadro que sigue, elaborado por esta institución, para comprobar que tal impulso dista mucho de ser evidente.

Recordemos que en la Argentina, por ejemplo, el producto industrial aumentó en un 43% en el quinquenio 1905-1909 y en un 20% en el

* El autor del presente trabajo es investigador del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

AMERICA LATINA: INDICADORES A LARGO PLAZO
DEL VOLUMEN DE LA PRODUCCION MANUFACTURERA,
1900 — 63

(1960 = 100)



FUENTE: CEPAL: *El proceso de industrialización en América Latina*, Naciones Unidas, Nueva York, 1965, p. 18

quinquenio 1910-1914, mientras que en el lapso comprendido entre 1915 y 1919 sólo se incrementó en un 13%.¹

Aun en el caso del Brasil, cuya industrialización parece emerger directamente de la primera guerra mundial en el gráfico precedente, cabe preguntarse si no arranca de bastante más atrás, impulsada por la política progresista de un Floriano Peixoto por ejemplo. De todos modos, si nos atenemos a elaboraciones estadísticas recientes, el período 1914-1918 no revela haber sido un momento de gran aceleración del desarrollo industrial brasileño: el consumo de cemento disminuye de 465 mil toneladas en 1913 a 51 mil en 1918; el de laminados de acero de 251 mil toneladas en 1913 a 44 mil en 1918; a la vez que la importación de bienes de capital para la industria decae en cerca de un 80% en ese lapso.²

En cuanto a la crisis de 1929 se refiere, no está por demás insistir en que lejos de producir automáticamente un desarrollo industrial en la "periferia", no hizo más que ocasionar un colapso económico sin precedentes en la inmensa mayoría de nuestros países, extremadamente vulnerables en razón de su misma posición subalterna en el seno del sistema capitalista-imperialista mundial. Y no me refiero exclusivamente a los países más atrasados del área, que carecían de una base industrial previa y un mercado interior significativo, sino también a aquellos países que parecían reunir las condiciones necesarias para acelerar y ampliar su proceso de industrialización.

En los casos de Argentina y Uruguay, que en este sentido representan situaciones casi paradigmáticas, la crisis del 29 no tuvo otro efecto que el de frenar el impulso económico precedente, que los había colocado entre los países de elevado ingreso *per cápita* a nivel mundial, posición que ya no volverían a recuperar jamás, pese al repunte económico, en realidad efímero, de la segunda posguerra. En ambos casos la crisis no hizo más que poner en evidencia la fragilidad de los "milagros" económicos latinoamericanos de entonces, basados en un aparato productivo volcado hacia el exterior (economía semicolonial) y una estructura agraria típica de la vía "oligárquica" de desarrollo del capitalismo, y que además dieron una respuesta políticamente reaccionaria a la crisis ("década infame" y dictadura de Terra, respectivamente).

Aun en lo que al desarrollo estrictamente industrial concierne, vale recordar que la industria argentina creció en un 49% entre 1920 y 1924 y en un 32% entre 1925 y 1929, para casi estancarse en el quinquenio siguiente, 1930-1934, durante el cual sólo se incrementó en un 6%. El ritmo de crecimiento anterior a la crisis ni siquiera se recuperó en el período 1935-1939, pues en ese lapso la producción industrial sólo aumentó en un 25%.³

La industria del Uruguay —país que en 1943 registra todavía un ingreso per cápita inferior al de 1929— tampoco presenta en el período de crisis cambios positivos de alguna significación. Nada parece indicar que el ritmo de crecimiento industrial en el lapso 1930-1943 hubiera sido superior al del período 1900-1929, y en todo caso sabemos que fue netamente

inferior al registrado entre 1945 y 1955. En el plano cualitativo que es el de mayor interés, no hay signo alguno de transformación importante, ni en la composición orgánica del capital ni en la relación entre el sector "tradicional" y el sector "dinámico" por ejemplo.⁴

Para el caso de Chile, que según los cálculos del economista Celso Furtado es el país que más importaciones "sustituyó" (?) entre 1929 y 1937, recordemos simplemente que su producto interno bruto decreció sensiblemente en ese lapso, durante el cual la producción industrial apenas se incrementó en un 16%, esto es, a un ritmo anual promedio inferior al 2%. Los relativos avances posteriores de ese país son fruto de la lucha de las masas, que a través del Frente Popular impulsaron consciente y planificadamente el proceso de industrialización.⁵

México también fue duramente afectado por la crisis del 29, aun en lo referente a su desarrollo industrial. La ulterior recuperación de la economía y el acelerado ritmo de crecimiento que alcanzó después este país, parecen en todo caso más ligados a las reformas cardenistas (culminación de la revolución democrático-burguesa desencadenada en 1910) que a una supuesta sustitución "obligada" de importaciones. Estudios como los de Leopoldo Solís, por ejemplo, demuestran que hasta 1938 ni siquiera se produjeron cambios significativos en la estructura de esas importaciones.⁶

Queda, en fin, el caso del Brasil, que parece el más ajustado a las tesis "sustitutivistas" elaboradas por Celso Furtado. Cabe preguntarse, sin embargo, si el ímpetu de la industrialización brasileña en la segunda parte de la década del 30 es en rigor un efecto de factores externos que habrían determinado en última instancia la orientación del proceso, o si esta orientación no es más bien el resultado de una lucha de clases interna que, sobre-determinada por la coyuntura mundial, desembocó en la revolución burguesa de 1930, que a su vez impulsó decididamente la industrialización del país (cosa que no ocurrió en la Argentina, como ya lo vimos, pese a que esta nación poseía condiciones económicas probablemente superiores a las del Brasil en ese momento).

Es cierto que entre 1939 y 1945, período de la segunda guerra mundial, la economía latinoamericana en su conjunto experimenta un crecimiento relativamente importante, o por lo menos se restablece, pese a las desigualdades nacionales bastante marcadas. Mas esto no quiere decir que haya seguido un curso enteramente opuesto al del sistema capitalista-imperialista en general. Recordemos que en el mismo lapso la producción industrial de los Estados Unidos se incrementó en más del doble y el PNB de ese país aumentó en más de dos tercios, registrando una "tremenda expansión" según el decir de Baran y Sweezy.⁷

II. Algunos efectos generales de la presente crisis en América Latina

El capitalismo dependiente no se desarrolla, pues, en razón inversa del desarrollo del capitalismo imperial, sino directamente ligado a él y

supeditado a las mismas leyes. Su posición subordinada lo vuelve mucho más vulnerable en las épocas de crisis, durante las cuales se revelan con mayor agudeza las deformaciones, distorsiones y problemas estructurales acumulados en las fases de "apogeo" aparente, que en última instancia no son sino momentos de una más acabada integración superviviente de nuestras economías con las de los centros imperialistas.

No es por eso un azar el que la crisis actual del capitalismo haya arrastrado en su pendiente al mundo "subdesarrollado", produciendo en él los efectos negativos por todos conocidos. En lo que a América Latina se refiere, baste con recapitular los siguientes datos recientes:

a) Reversión de los términos de intercambio, que luego de experimentar un movimiento favorable a nuestros países en los años 1972 y 1973, se tornaron de nuevo desfavorables a partir de la segunda mitad de 1974. Sólo en 1975 el poder de compra de las exportaciones latinoamericanas decayó en un 17% en relación con el año anterior.

b) Crecimiento acelerado de la deuda externa, que en situaciones como la del Brasil ha alcanzado límites verdaderamente alarmantes al superar los 20 mil millones de dólares.

c) Caída brusca de las tasas de crecimiento económico, que para el área latinoamericana en su conjunto —países "petroleros" incluidos— apenas fue superior al 3% en 1975. Lo que significa, en términos per cápita, un virtual estado de estancamiento. En el caso de Chile, que es el país más facitizado de América y el más endeudado al imperialismo, su producto interno experimentó una caída del orden del 14%.

d) Fin del "milagro" brasileño, que no deja de recordar al colapso de los "milagros" argentino y uruguayo en los años 30. La tasa de crecimiento de la economía brasileña decayó del 8% en 1974 al 4% en 1975 y todo parece indicar que descenderá a *cero* en 1976.

e) Para los 19 países no "petroleros" del área, un déficit de su balance comercial superior a los 10 mil millones de dólares, déficit que se eleva a más de 15 mil millones si se incluyen los saldos negativos de los pagos por utilidades, intereses, etcétera.

f) Tasas generalmente altas de inflación, que en los casos extremos de Chile y Argentina representaron verdaderas marcas a nivel mundial.

g) Tasas de desocupación crecientes, que en una situación como la de Chile se sitúa bastante cerca de los "records" de los años 30.

Todo esto, en contraste con la economía socialista de Cuba, que en 1975 creció al 11.5%, beneficiando a la población del país en su totalidad y sin problemas de desocupación, inflación y otras lacras propias del sistema capitalista.

III. La política nacionalista de los países "petroleros" y su éxito (relativo) como reflejo específico de la lucha de clases a nivel mundial

Dentro de este panorama general de una economía latinoamericana duramente afectada por la crisis del capitalismo hay desde luego situaciones específicas, como las de los países exportadores de petróleo, uno de cuyos casos, el del Ecuador, analizaré con detenimiento más adelante. Antes de hacerlo me interesa sin embargo formular algunas reflexiones de orden global, comenzando por la tesis de que estos países configuran efectivamente una situación *particular* en el seno del sistema capitalista, no porque sus economías escapen a las leyes universales del modo de producción que los rige, sino en virtud de los efectos que la lucha de clases mundial ha producido en determinados niveles de la relación entre el imperialismo y los países dependientes, permitiendo el éxito (relativo) de algunas reivindicaciones nacionalistas (o "tercermundistas", si se prefiere). Tesis que hasta parece tener visos de obiedad, pero que sin embargo supone el rechazo de algunas "explicaciones" alternativas:

a) La de que la elevación de los precios del petróleo fue una maniobra ultrarrefinada del imperialismo, destinada a impulsar el desarrollo de nuevas fuentes de energía en los países "centrales" mismos; lo que no es más que una lectura teleológica de la historia, que igualmente permitiría concluir que las luchas obreras por el acortamiento de la jornada de trabajo, por ejemplo, no fueron más que una "maniobra" de los capitalistas con el fin de que el eje de funcionamiento del sistema se desplazara hacia la extracción de plusvalía relativa. Además de que la supuesta sustitución de fuentes de energía dista mucho de convertirse en realidad en aquellos países.

b) La tesis de que dicha elevación de precios fue una simple treta del imperialismo norteamericano, encaminada a agravar la crisis de sus rivales europeos y japoneses, a fin de consolidar su hegemonía sobre éstos. Lo cual no pasa de ser una elucubración, aunque sólo fuese por el hecho de que esas economías presuntamente rivales están penetradas hasta la médula por el capital norteamericano.⁸ Aparte de que el imperialismo norteamericano no ignora que una agravación de la crisis en algunos eslabones débiles del propio "centro" —Francia o Italia por ejemplo— puede precipitar el establecimiento de gobiernos con participación y hasta hegemonía comunista.

c) La idea de que las mencionadas alzas se explican por un juego especulativo de las compañías petroleras transnacionales, ávidas de mayores ganancias. Que estas ganancias se incrementaron a raíz de la elevación de los precios del crudo, es un hecho tan incuestionable como el de que los capitalistas fabricantes de armamento obtuvieron pingües ganancias con la guerra de Vietnam; pero de ahí a "explicar" esta guerra o aque-

llas alzas por esas ganancias, hay un trecho que no es posible salvar con tanta ligereza.

Lo fundamental me parece entonces señalar que la política de la OPEP se inserta en el ámbito de la lucha de los países dependientes en defensa de los precios de sus productos; esto es, en contra del intercambio desigual a través del cual la burguesía imperialista explota a nuestros pueblos.⁹ En este sentido, el hecho reviste una profunda significación. Como lo dijera Fidel Castro en su discurso de clausura de la III reunión del Buró de Coordinación de los Países no Alineados:

“En el caso de la OPEP, por primera vez en la historia de las relaciones internacionales, un grupo de países subdesarrollados ha logrado establecer sus propias condiciones de intercambio en la materia prima fundamental que posee, frente al mundo capitalista desarrollado. Esto lo vemos, indiscutiblemente, como una gran victoria”.¹⁰

Ahora bien, interesa destacar que esta victoria en la “guerra del petróleo” sólo ha sido posible por la confluencia de varios factores que, íntimamente ligados, configuran una *nueva coyuntura mundial*. Esta coyuntura se caracteriza por:

a) El notable fortalecimiento, incluso militar, del campo socialista, que impide que el imperialismo “resuelva” impunemente sus contradicciones con el Tercer Mundo mediante el simple empleo de la violencia (me parece innecesario repetir los análisis que a este respecto ha hecho el propio Pentágono).

b) Las luchas cada vez más avanzadas de los pueblos que tanto en el “centro” como en la “periferia” del sistema padecen los efectos de la explotación capitalista; luchas que en última instancia constituyen el motor de la historia.

c) La crisis del capitalismo que, dadas las condiciones que acabo de señalar, ha hecho entrar al sistema imperialista en una fase de franca *descomposición*.

Es esta coyuntura —cuyos elementos van trastocándose por lo demás, dialécticamente, en causas o efectos según el momento concreto que se examine— la que ha permitido tanto la liberación definitiva de los pueblos de Vietnam, Camboya, Laos y Angola, como la emergencia vigorosa en la escena internacional de ese heterogéneo bloque denominado Tercer Mundo, con el éxito (relativo, repito) de algunas reivindicaciones nacionalistas como la de los países miembros de la OPEP.

Resulta evidente, sin embargo, que el primer caso y el segundo no son equiparables. Entre los dos media la distancia existente entre las transformaciones verdaderamente revolucionarias, que resuelven la contradicción fundamental de nuestro tiempo, y las medidas simplemente progresistas, enrumbadas contra sólo algunos efectos de dicha contradicción. Nos encontramos, además, ante dos contenidos de clase distintos: en la

primera situación se trata de procesos dirigidos por el proletariado, de acuerdo con su propio proyecto histórico; en el segundo, de acciones todavía hegemónicas por sectores burgueses o pequeñoburgueses y por lo tanto llenas de ambigüedades y vacilaciones. De ahí el carácter contradictorio de estas victorias nacionalistas o "tercermundistas", que en el límite hasta aparecen con dimensiones pírricas para el mismo país beneficiario y, sobre todo, para el mundo subdesarrollado en su conjunto. Como Fidel Castro lo señaló también en aquel discurso:

"Los países capitalistas desarrollados están transfiriendo parte sustancial de los costos del petróleo al mundo subdesarrollado, elevando extraordinariamente el precio de las tecnologías, equipos, productos manufacturados y semielaborados, fertilizantes, materiales sintéticos y otros muchos que tienen que importar los países en desarrollo. El mundo subdesarrollado no productor de petróleo está pagando mucho más cara la energía, y en el año 1974 gastó 10,000 millones de dólares más por este concepto... En consecuencia, mientras un gran número de países subdesarrollados ven reducirse los precios de sus productos de exportación, tienen que pagar en cambio los productos industriales y la energía mucho más caros. Sobre ellos están cayendo en forma terrible los efectos de la crisis económica mundial".

El propósito de este trabajo no es, sin embargo, el de analizar estos efectos en el mundo subdesarrollado en su conjunto, sino el de destacar el rostro de Janus que el nacionalismo adquiere en el interior mismo del país en el que se desarrolla, en este caso el Ecuador.

IV. Ecuador: raíces y ascenso del nacionalismo militar

El acelerado crecimiento de la economía ecuatoriana en la fase actual de crisis del capitalismo, en contraste con el colapso nacional de los años 30 por ejemplo, no se explica por el solo hecho de que nuestro país sea ahora exportador de petróleo, mientras que antes no lo fue (Venezuela era ya un país "petrolero" en 1929 y no por eso dejó de sufrir duramente los efectos de la gran depresión), sino en razón de que esta condición se inserta en una coyuntura mundial como la ya analizada. Ella constituye por lo tanto el marco de referencia sin el que resulta absolutamente incomprensible un crecimiento como el del producto nacional bruto del Ecuador, que se ha incrementado en cerca de un 50% en el último quinquenio, lapso durante el cual las exportaciones más que quintuplicaron su valor, al pasar de los 243 millones de dólares en 1971 a 1279 millones en 1975. Este "salto" obedece en lo sustancial a las ventas de petróleo, que en 1974, por ejemplo, representaron más del 60% del valor total de las exportaciones.

Naturalmente el petróleo no ha sido importante únicamente en este plano económico, sino también en el orden político, que ha venido gravitando en torno a la cuestión petrolera ya desde la década pasada. La misma

posición nacionalista que cristalizará como línea política básica con el régimen del general Rodríguez Lara (febrero de 1972-enero de 1976) no adquiere significado pleno más que sobre el telón de fondo de las concesiones otorgadas a los consorcios petroleros imperialistas a partir de 1964, concesiones que según los cálculos del investigador ecuatoriano Jaime Galarza representaban, en 1972, la enajenación de más de un tercio del territorio total del Ecuador.¹¹ Y no se trataba sólo de un problema de extensión, elocuente de por sí, sino además de la aceptación complementaria de las condiciones más lesivas para el país que uno pueda imaginar: derechos superficarios apenas simbólicos, regalías reducidas al mínimo, exoneración a los consorcios de todo tipo de derechos arancelarios e impuestos, mecanismos de control absolutamente ineficaces, ninguna perspectiva de intervención del Estado en la producción y la comercialización. Cuadro que se “completaba” con la entrega de todo el golfo de Guayaquil a las multinacionales, para la explotación del gas, mediante turbios negociados en los que intervinieron, perpetrando múltiples delitos, los más connotados miembros de la burguesía intermediaria local.¹²

Contra este sector —que no es más que la “vanguardia” de la burguesía agromercantil que ha dominado secularmente al país y cuyo proyecto histórico se identifica con el “derecho” de enajenar el Ecuador no siquiera al mejor postor, sino al que mayores comisiones ofrezca a la facción gobernante— emergió en nuestro escenario político la corriente nacionalista de las fuerzas armadas, que por supuesto no nació por generación espontánea en la cabeza de algunos oficiales, sino que fue el reflejo (ambiguo si se quiere, cortado a otra medida en todo caso) de una ardua lucha de la izquierda ecuatoriana que había venido expresándose con fuerza cada vez más creciente en la clase obrera, en el movimiento estudiantil, entre los intelectuales patriotas, e incluso ganando terreno (aunque desvirtuada de sus contenidos más radicales) entre sectores relativamente amplios de la tecnoburocracia. Ya en la crítica coyuntura de 1970, que culminó con el autogolpe de Velasco Ibarra y el consiguiente triunfo de los grupos reaccionarios, se barajó entre bastidores la carta de una “solución a la peruana”, como entonces solía denominarse a la alternativa nacionalista y antioligárquica.

Es este proyecto el que finalmente se impuso en 1972, reflejándose, con ambigüedades y todo, en la *Filosofía y plan de acción del gobierno revolucionario y nacionalista del Ecuador*, en donde se afirma, entre otras cosas, que el nuevo gobierno “realizará una reforma agraria real y efectiva”, distribuyendo la tierra “a las personas naturales que genuina y directamente la trabajan”, y que “hará todos los esfuerzos que sean necesarios para eliminar la dependencia del país en los aspectos económico, político, social, cultural, militar e ideológico”.

Dentro de este marco “filosófico” se concreta la política petrolera nacionalista, que sin duda constituye el aspecto más positivo del régimen de Rodríguez Lara. En efecto, casi de inmediato fueron revisados los contratos con los consorcios petroleros y se puso en marcha una nueva

orientación en la materia, que en lo sustancial se tradujo en los siguientes hechos: reversión al Estado ecuatoriano de más de 4 millones de hectáreas en la región oriental; reversión de los campos hidrocarbúricos de la Anglo Ecuatorian Oil en la costa; reducción de las concesiones, de 40 a 20 años; adquisición por parte del Estado del 25% de los derechos y acciones de la Texaco Gulf; rescate, también para el Estado, de todas las explotaciones de gas; creación de la Corporación Estatal Petrolera Ecuatoriana (CEPE); construcción de una refinería estatal en la provincia de Esmeraldas; impulso a la creación de la Organización Latinoamericana de Energía (OLADE); ingreso a la OPEP (en junio de 1973).

Fue esta faceta progresista del gobierno la que concitó el apoyo decidido de la izquierda, que no por eso dejó de señalar las limitaciones del régimen en su misma política nacionalista, ni de luchar porque el proceso alcanzara etapas más avanzadas; al mismo tiempo en que la oligarquía criolla y el imperialismo hacían todo lo posible para frenarlo.

En efecto, la oligarquía concentró sus baterías antigubernamentales en torno a dos puntos básicos, puesto que de momento le era difícil atacar frontalmente la política petrolera: a) la prometida reforma agraria, que a todo trance se trataba de remitir a las calendas griegas, y b) la llamada "estatización" de la economía, que en su aspecto sustantivo se refería al efectivo proyecto de conformar un fuerte sector capitalista de Estado,¹³ y en su aspecto adjetivo, a medidas tales como la simple creación de tiendas estatales (ENPROVIT) encargadas de vender artículos de primera necesidad a precios rebajados.¹⁴ El que la clase dominante ecuatoriana haya visto esto último como una virtual "antesala" del comunismo, dice ya todo sobre su carácter retrógrado incluso como burguesía.

El imperialismo, por su parte, no veía con buenos ojos la política nacionalista del gobierno, y sobre todo la integración activa del Ecuador a la OPEP, organización a la que visiblemente se busca quebrar en su eslabón más débil, que por razones diversas resultaba ser precisamente nuestro país. A lo que habría que añadir la firme defensa de las 200 millas de mar territorial, fuente permanente de conflicto, así como la expulsión de la misión militar norteamericana del Ecuador.

Pese a esta oposición, los años de 1972 y 1973 se caracterizaron por el ascenso de las posiciones nacionalistas, reforzadas incluso por el desprestigio en que había caído la oligarquía, cuyas inmoralidades y acciones antipatrióticas iban revelándose día a día. Mas ninguna clase dominante se derrumba por su solo desprestigio, y menos todavía ésta que conservaba intactas las raíces de su poder, concentradas en el latifundio y las plantaciones, en el voluminoso capital comercial y bancario, en el control prácticamente omnímodo de los medios de comunicación colectiva y en la influencia que a través de todo esto ejercía sobre los sectores reaccionarios y hasta "centristas" del ejército. El proyecto nacionalista y antioligárquico distaba pues de haberse impuesto, mientras no cortase por lo menos algunas de estas raíces, aplicando una drástica reforma agraria y estatizando la banca y el comercio exterior como mínimo.

V. 1974: prueba de fuego para los sectores nacionalistas y antioligárquicos más consecuentes

Por eso, 1974 fue un año políticamente crucial, que de un lado se caracterizó por una tentativa de avance del ala radical del gobierno, y de otro por una polarización de las fuerzas sociales, marcada tanto por el endurecimiento de la oposición oligárquica e imperialista como por la consolidación de la clase obrera en la escena política.

En efecto, durante el primer semestre de este año el sector progresista del gobierno intentó promulgar una nueva legislación agraria que, pese a las ambigüedades y vacilaciones con que la formuló el ministro de agricultura Guillermo Maldonado, parecía apuntar a la transformación de por lo menos los aspectos más retrógrados de la estructura latifundiaría ecuatoriana. Pero la misma indecisión con que tal perspectiva fue delineada dio pábulo a una respuesta agresiva de la oligarquía, la que terminó por declarar persona no grata a Maldonado, acusándolo de "traidor influido por ideologías foráneas que desvirtúan el carácter nacional del proceso". Al aceptar la renuncia de Maldonado que siguió a tal embestida, el gobierno prácticamente abandonó el punto básico de su programa antioligárquico, que de hecho fue sustituido por una política de fomento del desarrollo "desde arriba" del capitalismo en el campo. Las cifras disponibles son por demás elocuentes al respecto: durante toda la administración de Rodríguez Lara apenas se afectó el 0,73% del total de tierras cultivables.¹⁵ Fue, pues, un triunfo resonante de la oligarquía.

Ello no obstante, el ala progresista siguió bregando en otro terreno, encabezada por el ministro de recursos naturales Gustavo Jarrín Ampudia, artífice de la política petrolera nacionalista y quien ahora propuso que el Ecuador adquiriera el 51% de los derechos y acciones de la Texaco Gulf. Pero su propuesta fue rechazada y él mismo tuvo que renunciar en septiembre del 74. Fue el segundo gran triunfo de las fuerzas reaccionarias, esto es, tanto del imperialismo como de la oligarquía criolla aliada a él, que ahora criticaba ya desembozadamente la política petrolera "demasiado dura" del gobierno, que supuestamente "ahuyentaba" las inversiones extranjeras.

No deja de ser significativo, por lo demás, el que estas victorias de la reacción se produjesen en un momento de innegable robustecimiento del movimiento obrero, que había realizado una respetable demostración de fuerza el primero de mayo y dado pasos fundamentales en el camino de su unidad con la derrota de los dirigentes amarillos de la CEOSL (central creada y hasta entonces manipulada por el imperialismo) y el triunfo de la corriente progresista en la CEDOC (central de origen católico derechista), que junto al sector más avanzado de la clase obrera ecuatoriana, agrupado en la CTE (de orientación marxista), conformarán en adelante un vigoroso frente.

Mas, en lugar de apoyarse en esta base social y avanzar al menos en el cumplimiento de su propio programa, el gobierno de Rodríguez Lara

prefirió ceder ante las presiones oligárquico-imperialistas, con lo cual no consiguió más que debilitarse. El discreto exilio de los exministros Maldonado y Jarrín, quienes partieron con sendas misiones diplomáticas a Europa, no fue más que el símbolo del exilio del ala consecuente con la filosofía inicial del régimen, que ahora quedaba librado a una correlación de fuerzas que le sería cada vez más desfavorable.

En efecto, las concesiones que se acababan de hacer estuvieron lejos de aplacar a la reacción. Inscritas en la dialéctica de una política típicamente pequeñoburguesa, que no por haber dado tales pasos dejaba de reafirmar su vocación "nacionalista y revolucionaria", esas mismas concesiones adquirirían visos (aunque falsos) de una simple retirada táctica. En todo caso, la oligarquía no cesó de esgrimir el fantasma de la "fuerte influencia comunista en el gobierno", mientras el imperialismo, consciente del debilitamiento del régimen, decidió pasar abiertamente a la ofensiva.

Poco después de la caída de Jarrín Ampudia la Texaco Gulf inició un boicot de la producción y exportación de petróleo que durante el último semestre de 1974 causó al Estado ecuatoriano una pérdida de más de 100 millones de dólares, y de una magnitud similar en el primer trimestre de 1975. Sólo en abril de este año el gobierno intentó restablecer su autoridad fijando una cuota mínima de exportación, medida a la que la Texaco respondió con una suspensión casi completa de la extracción de petróleo, que se prolongó casi dos meses, hasta que el gobierno cedió al chantaje reduciendo en 43 centavos de dólar el precio del barril de crudo. Lo menos que puede decirse es que, a estas alturas, el proceso nacionalista estaba ya congelado.

VI. El desarrollo de las contradicciones internas y la crisis final del régimen de Rodríguez Lara

Entre tanto, la situación económica del país presentaba síntomas de evidente deterioro, especialmente en el agro, donde la contradicción entre la necesidad de desarrollo de las fuerzas productivas de una parte, y las arcaicas relaciones de producción de otra, se tradujo por una verdadera crisis. La producción real per cápita disminuyó en cerca del 9% entre 1970 y 1973 y a ese nivel se estancó en 1974, sin que la "inyección" petrolera produjera estímulo alguno en este campo. Por el contrario, el *boom* del petróleo no hizo más que propiciar el drenaje de capital del agro hacia las urbes, donde el desarrollo de actividades como la construcción, con la que se especulaba abiertamente, no dejaba de ser atractivo.

Es cierto que el gobierno intentó resolver el problema destinando fuertes sumas al fomento agropecuario, para el que el crédito se incrementó en más del 700%, al pasar de 27 millones de dólares en 1972 a 162 millones en 1975; pero ni ello fue suficiente para apuntalar la estructura en crisis. Los miles de toneladas de abonos químicos que terminaron

descomponiéndose en las bodegas del Banco de Fomento ante el desinterés de los terratenientes, no fueron más que el símbolo del fracaso de una política basada en la ilusión tecnocrática de que es posible “abonar” una estructura que lo que en realidad demanda es una profunda transformación.

Este fracaso estrepitoso de la política agraria del gobierno tuvo algunas consecuencias graves que es menester destacar.

En primer lugar, hubo que recurrir a las divisas provenientes del petróleo para importar alimentos: en 1973, por ejemplo, tales importaciones se incrementaron en un 46% en relación con el promedio del período 1970-1972.

En segundo lugar, los precios de los alimentos se elevaron a un ritmo bastante acelerado, superior en todo caso a la elevación del índice general de precios al consumidor, que en el lapso de dos años, 1973 y 1974, se incrementó en cerca de un 50%.

En tercer lugar, las migraciones de campesinos a las urbes se aceleraron notablemente, contribuyendo al crecimiento de los famosos “cinturones de miseria”.

Por último, los propios terratenientes aprovecharon de esta situación para hostigar al gobierno, al que acusaban de todos los males por no imponer un “clima de confianza” en el agro; es decir, por no responder con una represión en gran escala al malestar creciente de los campesinos.

En las urbes, por lo demás, la situación distaba mucho de ser próspera para las grandes masas populares. La elevación del costo de la vida ya señalada, que no fue compensada por un aumento equivalente de salarios, no hizo más que depauperar a aquellas masas, del mismo modo que el éxodo de campesinos no dejó de incrementar la desocupación y el subempleo, que en la actualidad parecen situarse alrededor del 10% y el 40% respectivamente.¹⁶

Y la quimera del petróleo no se manifestó únicamente en este cúmulo de contradicciones, sino que además se tradujo en una delicada situación financiera determinada no sólo por los factores ya analizados —boicot por parte de la Texaco y necesidad de dedicar fuertes sumas a la compra de alimentos en el exterior— mas también por otras causas como la desmedida importación de artículos suntuarios o el incremento, igualmente desmedido, del aparato burocrático (150,000 “servidores públicos” frente a unos 60,000 obreros de industria).

El hecho es que al terminar el primer semestre de 1975 la balanza comercial del Ecuador registraba un déficit de 160 millones de dólares, cosa que no dejó de repercutir en el mismo presupuesto del Estado, que en agosto de ese año estaba ya desfinanciado en más de 50 millones de dólares. Este fue el antecedente que decidió al gobierno a promulgar el famoso decreto 738, que establecía un gravamen del 60% a las importaciones de bienes no esenciales, medida con la cual la tecnocracia creyó, además, matar dos pájaros de un tiro: de una parte, sanear la situación fiscal; de otra, impulsar a la “burguesía nacional” hacia una rápida “sus-

titución de importaciones". El propio ministro de finanzas aseguró que sus medidas constituían "un verdadero desafío para la industria, para la producción nacional y para el esfuerzo ecuatoriano".

Sólo que, en el momento de la verdad, esa "burguesía nacional" no apareció por ningún lado, como no fuese confundida con el entero bloque oligárquico, que más que la derogatoria del decreto en cuestión pedía ahora la cabeza del gobierno. Y es que, fuera de la imaginación de algunos tecnócratas, lo único que existía era una burguesía industrial raquílica que, cual real perro de hortelano, era tan incapaz de industrializar con su iniciativa al país como de resignarse a que el Estado asumiera esta tarea; y que, ávida de percibir por lo menos algún dividendo en *l'affaire*, había comprometido, ya desde octubre de 1974, todo su apoyo a la SOFOFA chilena¹⁷ para la campaña en pro de la modificación de la Decisión 24 del Pacto Andino; es decir, el apoyo para que la industria, la banca y las compañías de seguros de la región terminaran de entregarse sin restricción alguna al capital imperialista.

La expedición del decreto 738 no tuvo por lo tanto otro efecto político que el de desencadenar toda la furia oligárquica contra el gobierno, al que se achacaba desde la aplicación de una "absurda" política petrolera hasta la imposición de una "estatización" de la economía, pasando por el supuesto "ahuyentamiento" del capital extranjero y la "siembra del caos" en el campo con su secuela de encarecimiento de los víveres, etcétera. Para remediar lo cual la oligarquía exigía un inmediato retorno al "orden constitucional", tarea que intentó "impulsar" mediante el abortado golpe fascista del 1o. de septiembre, cuya naturaleza quedó revelada con el exilio del jefe golpista en la embajada de Pinochet en Quito, y avalada con la declaración que Galo Plaza formulara poco días después, en el sentido de que "los golpes de Estado son inevitables, porque han servido para evitar el caos en que han caído nuestros pueblos".¹⁸

El sofocamiento de esta rebelión por parte de las fuerzas leales a Rodríguez Lara no significó sin embargo una real victoria política de las tendencias progresistas. La sola revisión del análisis realizado por la prensa de derecha sobre el gabinete conformado después del 1o. de septiembre dice todo sobre la situación: el flamante ministro de finanzas es descrito como un "hombre de la empresa privada por su formación" que "demostró capacidad en su desempeño como presidente de la Junta Monetaria"; "la tónica a esperar" del nuevo ministro de recursos naturales, dados sus antecedentes, "es divergente de la llevada por Jarrín Ampudia, arquitecto de la política petrolera actual"; y en cuanto al presidente de la Junta Nacional de Planificación "parece probable... que le imprima una mayor eficiencia menos teñida de ideologías izquierdizantes".¹⁹

En efecto, la influencia del primero determinó que los hechos dejaran sin vigencia la Decisión 24 del Pacto Andino, mientras el segundo estimó prudente elevar en sólo 40 centavos de dólar el precio del barril de petróleo, siendo que de acuerdo con la última resolución de la OPEP el Ecuador debía aumentarlo en más de un dólar. En cuanto al decreto 738,

manzana inmediata de la discordia, fue prácticamente derogado mediante una sutil redefinición de los bienes "esenciales" y "no esenciales".

Mas nada de esto sirvió para amenguar la arremetida oligárquico-imperialista. El mismo juzgamiento de los implicados en el *putsch* de septiembre se convirtió en una gigantesca mascarada, en la que era realmente imposible saber quién hacia de acusado y quien de juez. Para preparar adecuadamente el tinglado la revista *Vistazo*, que es la publicación más importante de la burguesía ecuatoriana, acababa de mofarse del gobierno en un editorial titulado "Militares 'reaccionarios' abrieron nuevos derroteros al porvenir del Ecuador", acompañado de una fotografía de Rodríguez Lara enmarcada entre hoces y martillos.²⁰

Se venía, pues, cumpliendo al pie de la letra la advertencia que las centrales obreras hicieron al gobierno en los días de la intentona golpista, resumida, por ejemplo, en esta consideración de la CEDOC:

"Cuando tomaron el poder las Fuerzas Armadas, definieron un programa nacionalista y antioligárquico. Sin embargo, frente a las presiones de los presuntos afectados, se comienza a dar marcha atrás, cediéndose en innumerables casos. Esta debilidad del Gobierno, frente a la oligarquía y al imperialismo, en vez de fortalecerlo lo ha hecho más vulnerable. Ahora, la oligarquía, pese a todo descontenta por el énfasis dado a la actividad industrial, busca un gobierno completamente suyo, tratando de manipular para el efecto no sólo a grupos militares sino, inclusive, a sectores populares".²¹

Con todas sus debilidades y vacilaciones, el régimen de Rodríguez Lara en verdad no era para la oligarquía un gobierno "completamente suyo". Pero menos aún lo era para la clase obrera. Esta apoyaba las medidas progresistas que se habían arbitrado, en la fase inicial especialmente, que no por casualidad eran las mismas que impugnaba la clase dominante; pero con razón los trabajadores estaban ante todo celosos de su independencia frente al gobierno, al que exigían la derogación de todas las medidas antiobreras, una alza de sueldos y salarios que siquiera compensase la pauperización evidente de las masas, la aplicación real de la reforma agraria, así como la nacionalización total del petróleo, de la industria eléctrica, del comercio exterior y de los sistemas de distribución de los artículos de primera necesidad. En apoyo de estos puntos, que constituían el programa mínimo común de las tres centrales sindicales, se realizó la huelga general del 13 de noviembre, en la cual participaron cerca de medio millón de trabajadores, así como las marchas campesinas de diciembre, a las que el presidente fue invitado a asistir, honor que declinó para no empeorar sus relaciones con la oligarquía.²²

"Prudencia" que de nada le sirvió. La clase dominante había hecho de Rodríguez Lara el chivo expiatorio, y su remoción se imponía para devolver una cierta "tranquilidad" al país, ahora convulsionado por un paro de transportistas que no dejaba de recordar el octubre chileno de 1972. El general Rodríguez fue depuesto el 11 de enero, hecho con el cual se cerraba, si no la etapa iniciada cuatro años antes, por lo menos

un capítulo importante de ella. El triunvirato que acababa de asumir el gobierno lo hacía en todo caso en condiciones precarias: ya no como portador de un proyecto nacionalista y antioligárquico, sino más bien como encargado de preparar el retorno al "orden constitucional".

VII. Las coordenadas de la lucha actual

El Ecuador de 1976 no es sin embargo el Ecuador de hace un lustro. Fallida en cuanto a sus metas más radicales, la experiencia nacionalista de Rodríguez Lara deja por lo menos dos elementos nuevos, íntimamente entrelazados: una base industrial que antes no existía (sector capitalista de Estado especialmente) y un Estado relativamente robusto, en torno al cual se ha creado un cúmulo de intereses burocrático-militares que son los que en la cúspide sostienen, aunque ya debilitado, el proyecto nacionalista. Pese a todos los retrocesos y vacilaciones, la política petrolera que sirviera de base a tal proyecto no ha sido totalmente desmantelada, como no lo ha sido tampoco el empeño de desarrollar un capitalismo estatal.

Dentro de estas nuevas coordenadas la misma hegemonía política de la oligarquía aparece resquebrajada, como lo demuestra su propio juego indeciso en un doble terreno: el de las fuerzas armadas, a las que trata de involucrar en una vía fascista, sin hallar respuesta más allá de algunas franjas marginales; y el de la población civil, a la que intenta uncir al carro aparentemente "civilista" y "constitucionalista", sin encontrar tampoco ecos significativos.

Y aquí interviene un último factor, que a no dudarlo es el más importante en la coyuntura actual: la presencia del proletariado en la escena política nacional, con una envergadura, una organización, un grado de conciencia y unidad antes inexistentes.

En estas condiciones, el mismo retorno al "orden constitucional" que prometiera inicialmente el triunvirato se torna problemático. Las propias fuerzas armadas parecen indecisas, para no decir divididas, a raíz del reciente "auscultamiento" de opiniones en que se confrontaron de una parte una perspectiva oligárquica que ni siquiera llegó a presentarse como proyecto de desarrollo (obviamente no es posible formular de manera explícita un proyecto que no consiste sino en enajenar el país al capital extranjero y percibir los dividendos consiguientes²³) y de otra parte un programa mínimo popular que arranca de un emplazamiento a los militares para que por lo menos cumplan con los lineamientos de la "Filosofía y plan de acción" que ellos mismos esbozaron en 1972.

Con lo cual el nacionalismo pequeñoburgués sigue atrapado en la red de sus propias contradicciones, que desde luego no pueden irse resolviendo más que en el escenario real de la lucha de clases, según la amplitud y orientación que ésta adquiera.

- 1 CGE y CFI: *Programa conjunto para el desarrollo agropecuario e industrial*, 2o. Informe. T. III, Buenos Aires, 1963, p. LXV.
- 2 Villanova Villela, Annibal y Suzigan, Wilson: *Política do governo e crescimento da economia brasileira: 1889-1945*. IPEA/INPES, Río de Janeiro, 1973, Cuadro XVII, p. 437.
- 3 CGE y CFI, *loc. cit.*
- 4 Conclusión que se impone aun a partir de los datos de trabajos que tratan de sostener una tesis contraria a la nuestra, como el de Julio Millot, Carlos Silva y Lindor Silva: *El desarrollo industrial del Uruguay de la crisis de 1929 a la posguerra*, Instituto de Economía, Universidad de la República, Montevideo, 1973.
- 5 Como lo reconoce Celso Furtado en *La economía latinoamericana desde la conquista ibérica hasta la Revolución cubana*, 6a. ed., Ed. Siglo XXI, México, 1974, p. 113.
- 6 Leopoldo Solís: *La realidad económica mexicana: retrovisión y perspectivas*, 5a. ed., México, Ed. Siglo XXI, 1975, p. 99.
- 7 En su libro *El capital monopolista*, 10a. ed., México, Ed. Siglo XXI, 1975, p. 193.
- 8 Una interesante discusión de toda esta tesis puede verse en el libro de Vivian Trías: *La guerra del petróleo y la crisis económica internacional*, Ediciones de "Crisis", Buenos Aires, 1975, capítulo VII.
- 9 Dijo bien la burguesía imperialista, para dejar sentado que no son precisamente las masas populares de los países capitalistas desarrollados las beneficiarias de este intercambio, como se comprueba con sólo recordar que el Tercer Mundo recibe actualmente 30 mil millones de dólares por sus exportaciones básicas, mientras los consumidores de los países desarrollados pagan 200 mil millones de dólares por esos mismos productos (Cf. Pedro Vuskovic: "El panorama previsible de la economía mundial", *El día*, México, 20 y 21 de abril de 1976).
- 10 Publicado por *Granma*, resumen semanal, del 30-III-1975.
- 11 Jaime Galarza: *El festín del petróleo*, 3a. ed., Ed. Universitaria, Quito, 1974.
- 12 Cf. al respecto Jaime Galarza: *Piratas en el Golfo*, Ed. Soliterra, Quito, 1973.
- 13 Con una *área estatal* propiamente dicha que comprendía: refinamiento de petróleo, pesca, acería integrada, elaboración de amoniaco y úrea; y una *área mixta* en la que se incluía: petroquímica, cemento, astilleros, complejo madera-papel, frigoríficos, plantas pasteurizadoras, nitrocelulosa, sosa cáustica, tractores de rueda, motores diesel, llaves de ajuste, insecticidas y pesticidas, tubos de acero, refilado y galvanización de cobre, alcantarillas metálicas.
- 14 El diario *El comercio*, de Quito, por ejemplo, publicó más de una nota editorial criticando esta medida.
- 15 Durante el trienio 1972-1974 se distribuyen 50,425 hectáreas en favor de 5,927 familias campesinas.
- 16 El BID afirma que para el Ecuador "el desempleo se ha calculado entre el 8 y el 10 por ciento y el subempleo multiplicado varias veces esta cifra".
- 17 Cf. las declaraciones de Enrique Burgos, gerente de relaciones industriales de la SOFOFA, aparecidas en *El mercurio*, de Santiago, 1-XI-1974.
- 18 Declaraciones para el diario *Excélsior*, de México, 7-IX-1975.
- 19 Cf: "Los recién llegados", en rev. *Vistazo*, de Guayaquil, No. 221, octubre de 1975, p. 5.
- 20 Número cit., p. 9.
- 21 Manifiesto del 3 de septiembre de 1975.
- 22 Estas marchas apoyaban especialmente la aplicación del art. 25 de la Ley de Reforma Agraria, que prescribe la afectación de los predios que no estén cultivados en por lo menos un 80% en enero de 1976. Hasta el último momento de su mandato Rodríguez Lara prometió aplicar este artículo, que en rigor afectaría a la mayor parte de los latifundios actuales.